

# GERARDO DIEGO Y ASTORGA

Luis Alonso Luengo

*Gerardo Diego pasó dos veranos en Astorga durante la década de los años 40. Su lugar habitual de veraneo en Francia había sido ocupado por los alemanes y nuestra ciudad sirvió como alternativa estival provisional. ¿Y por qué aquí y no en cualquier otro lugar? Sencillamente por su amistad con los componentes de lo que él denominó Escuela de Astorga, y en concreto con uno de ellos, Luis Alonso Luengo, que se encargó de sugerírselo. En la visita que éste le realizó en su casa madrileña, con motivo de su noventa cumpleaños, el poeta y su mujer, la francesa Germaine, recordaron algunas de sus vivencias de aquellos veranos. Luis Alonso escribió, resumiendo ese encuentro, un artículo que, con su autorización, reproducimos.*

Gerardo Diego acaba de cumplir 90 años. En todos los medios de comunicación ha tenido eco largo la noticia; y *ABC* le ha dedicado un número extraordinario con varias firmas nacionales e internacionales, entre ellas la de Ricardo Gullón.

Hoy, en este crepúsculo de otoño, nos hallamos en la casa madrileña del poeta, sentados en anchas butacas frente a Gerardo y su esposa Germaine, charlando. ¿De qué? Cómo no, de cosas de Astorga.

Sobre la cabeza de Gerardo, que parece arrancada de un cuadro de *El Greco*, un paisaje de Benjamín Palencia parece derramar la luz con que lo ilumina la lámpara, en música fosforescente, sobre el mudo piano de cola que reposa en un rincón y al que tantas notas ha arrancado Gerardo al compás de su poesía.

Momentos antes, Gerardo Diego, impecable en su traje, erguido, casi arrogante de candor, nos había recibido abriendo los brazos con una sonrisa amplísima que se le derramaba por toda su delgada figura, iluminándola de emoción. Con voz ligeramente ronca, opaca de silencios:

-¡Qué alegría Luis!

Y un fortísimo abrazo. Y luego el saludo a Germaine, tan fina, tan sencilla, tan suave...

Me cuentan ahora cómo un Padre Redentorista del cercano convento de Manuel Silvela –Gerardo y Germaine viven en Covarrubias, 9- hacía unos días, sentado en la misma butaca en la que yo me hundo, les dio la noticia de que el pasado agosto en Astorga, con motivo de los encuentros literarios del “Bimilenario” asturicense, se había hablado largamente de Gerardo y de su vinculación humana y literaria con Astorga, y que ello le había hecho mucha ilusión.

Gerardo parpadea ligeramente. Apoya su largo mentón en los tres dedos de su mano derecha y dice muy quedamente:

- ¡Ello me emocionó mucho!...

Y calla, en uno de esos silencios del poeta que contienen todo un largo verbo arrebatado.

Yo le voy explicando todo lo que en Astorga de él se habló aquel día 16 de agosto de 1986: de cómo Gerardo con su familia había vivido dos veranos en Astorga – en la década de los 40-; de cómo se adentró



Casa solariega de los Rodríguez de Cela (*casa de Don Rodrigo*), en Astorga. En ella pasó un verano de los años 40 el poeta Gerardo Diego.

en el espíritu de la ciudad, traduciéndola en los bellísimos poemas de su libro *Rincones con figuras* (jardín de Astorga); de cómo inventó la “Escuela de Astorga”; de cómo en aquellos recitales de entonces que en Astorga dio puso en vilo a la ciudad entera, y a aquellos píos y retraídos estudiantes de los Redentoristas de entonces que, con asombro del poeta, se levantaron de su asiento como electrizados, prorrumpiendo en un largo “¡olé!” cuando Gerardo les recitó, con el estremecimiento con el que él sabe hacerlo, su *Oda a Belmonte*.

Gerardo, oyéndome, sonrío; sonrío en silencio.

Germaine, con su sensitiva capacidad de evocación y prodigiosa memoria, me pregunta una a una por las personas y los rincones de Astorga:

-¿Y las Panero? ¿Y Odila? ¿Y Asunción? ¿Y María Odila? ¿Sigue la casa de Leopoldo tan en su penumbra de jardín, en su galería y en su surtidor? ¿Y el jardín donde correteaban nuestros niños y los vuestros? ¡Qué tiempos!

Yo le interrumpo con el verso de Gerardo al Jardín:

*Otra vez un jardín  
Esta vez hay campanas  
Que ahondan, redundan bronces  
Y sedas de cigüeñas  
Desplegando horizontes*

Y de nuevo Germaine:

- ¿Y los mercados de los martes? ¿Siguen llenos de color?

- Sí, pero –le digo a Gerardo- ya no va aquel vendedor de semillas del que tú dijiste: “Plaza de las maravillas, instala su tenderete el vendedor de semillas...”.

Gerardo extiende la mano y alude, como si estuviera vivo en su alma, a aquel otro fragmento del poema

- Sí, pero...

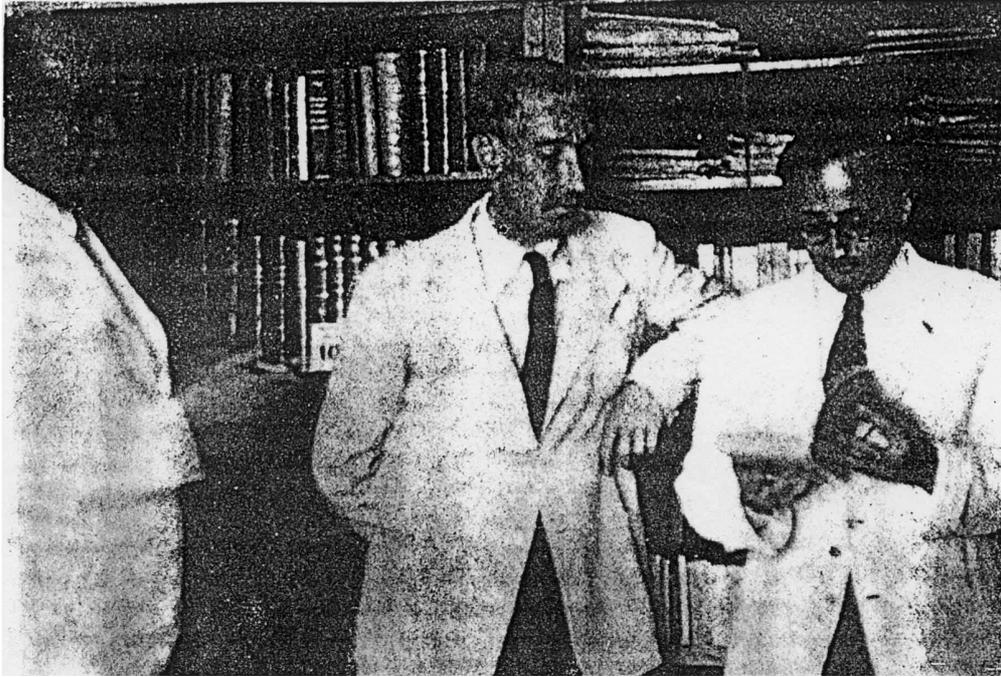
*Botánicas bellas artes  
Yo mi lección de poeta  
Aprendo todos los martes*

Y agrega:

- Porque en aquellos martes aprendió mucho mi poesía.

De nuevo Germaine:

- ¿Y la casa de don Rodrigo donde pasamos tan deliciosos momentos? ¿Y



Gerardo Diego en casa del autor.

Florinda y Olalla, nuestras buenas domésticas astorganas de aquellos días?

- Sí, aquellas de las que Gerardo dijo en otro poema, dirigiéndose a la cleptómana urraca que posaba sus plumas en la tapia del jardín, cuando aquéllas se preparaban para una verbena de agosto:

*¿Le ha engañado la muralla?  
¿Creyó que esto era una almena?  
En vez de cotas de malla  
Visten Florinda y Olalla  
Galas para la verbena*

- ¿Y aquel poema que nunca llegaste a escribir?

- Sí, el del entierro de la hormiga, en el balcón del Hotel Moderno, donde nos hospedamos en nuestro primer verano asturicense.

Y yo lo recuerdo como Elenita –su hija mayor, entonces una niña encantadora que correteaba con mis niños- me lo contó, explicándome cómo contempló un día, con asombro, en aquella piedra de aquel balcón, filas de hormigas en formación impecable, llevando a una hormiga a enterrar; y cómo ella, Elenita, llamó a su padre, emocionada porque ¿no era aquello una cosa tan bella que merecía un poema?

Yo rubrico:

- Y más en el ámbito misterioso de Astorga tan propicio a tu creacionismo como demostraste con tu libro inolvidable. Pero –secretos del numen-, ¿por qué el poema quedó sin escribir?

De Astorga salta por un momento, sólo por un momento, nuestra charla a Silos, al ciprés famoso en el soneto de Gerardo: “Enhiesto surtidor de sombra y sueño...”.

Me cuentan Germaine y Gerardo que en un reciente viaje a Burgos los monjes les

pidieron –y ellos la iban a hacer espontáneamente- una visita al monasterio y al ciprés, cuya silueta, gracias a aquel soneto, había dado la vuelta al mundo.

Me dice Germaine:

- Habíamos programado visitar antes Covarrubias –que yo no conocía -. Fuimos a esta villa, pero Gerardo estaba tan nervioso, queriendo llegar pronto a Silos, que apenas pudimos detenernos ante la tumba de Fernán González y ante la de la princesa noruega que todos los días aparece llena de flores.

- ¿Y en Silos?

- No te lo puedes figurar. Nos esperaba la comunidad en pleno. ¡Cuánto había crecido el ciprés! Allí evocamos la noche en que escribió el soneto Gerardo, en aquella visita espiritual de juventud, impresionado por la silueta verde del árbol sobre la piedra románica; y presa de un fervor que inundaba su alma: “Mudo ciprés en el fervor de Silos...”

- Y luego –añade Germaine- los obsequios de los monjes: libros sobre el monasterio, miel de las colmenas del campo castellano,... ¡Qué sé yo!

Volvemos al tema de Astorga. He de decir que, de las dos horas de charla, una hora y tres cuartos fueron dedicadas a nuestra ciudad.

- ¿Y tus hijos que, de pequeños, formaban pandilla con los nuestros? ¿Y tus nietos? Me pregunta Germaine.

- Diez son los míos. ¿Y los vuestros?

- Dieciocho...

Uno por uno vamos contándonos la

historia y los avatares de cada cual. Y un recuerdo entrañable de Germaine para mi adorada Anita - ella la quería y se querían con veneración- y un repaso de aconteceres en todo su inefable recuerdo.

Y saltando a otra emoción:

- Ninguno de vuestros hijos, ni hasta ahora nietos, ha salido poeta?

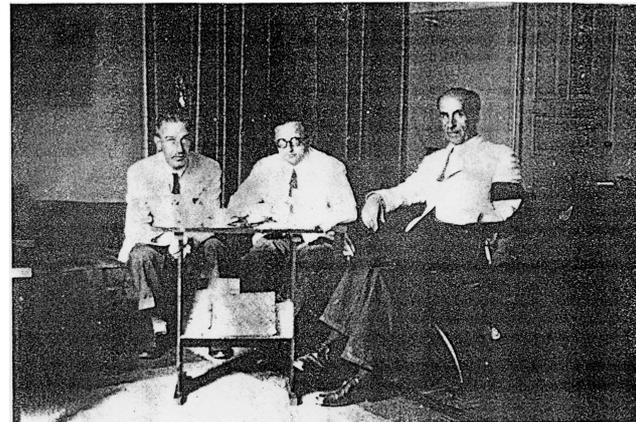
- Ninguno. Les ha dado por la Ciencia, la Medicina, la Ingeniería, la Física y la Química.

Gerardo se encoge de hombros con resignación. Y vuelta a Astorga; a aquella Astorga que Gerardo vio en su graciosa fugacidad de unos pequeños seres, pero también en la profundidad de su historia. ¿En la muralla romana y románica? ¿En las piedras de la catedral y el consistorio? ¿En los dioses astures del Teleno? No, la vio en el paño simbólico –fugaz al viento, pero denso al espíritu- de la bandera de Clavijo:

*Quando la luna y venus sobre el cielo  
Del crepúsculo vago y casi verde  
Bordan el estandarte del Profeta*

Y la vio en el misterio. ¿Cómo no había de sentir ello aquí, donde la magia misteriosa está en el aire?

*Todos vamos viajando  
Y solo voy despierto  
El viento es invisible  
Y visible el MISTERIO*



Gerardo Diego, el autor y Francisco Carasa en casa de éste.

Era ya alta noche cuando salimos de la casa de Gerardo. Abrazos fortísimos. Y ya en el *boulevard*, el estrépito ensordecedor de la circulación rodada y el titilar de unas luces que no pueden romper la neblina de la polución. Es un maremagnum que durante dos horas hemos podido vivir en la calma serena de unos momentos inolvidables pasados en la casa de Gerardo Diego, al cumplir éste sus primeros noventa años.

*\* Luis Alonso Luengo es escritor y  
Cronista Oficial de la Ciudad de Astorga.*